EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN QUINTO Y UN SUSTITUTO,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN PROSA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1862.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Contrazon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...
La agenda de Correlargo.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

UN QUINTO Y UN SUSTITUTO.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/unquintoyunsusti00repa

UN QUINTO Y UN SUSTITUTO,

ZARZUELA EN DOS ACTOS,

POR

DON LIBERTO BERZOSA.

MÚSICA DE

DON ANTONIO REPARAZ.

Representada por primera vez en el teatro del Circo el dia 24 de Diciembre de 1861.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAS.	ACTORES.
TERESA.....	Sta. Ibarra.
PETRA.	Sta. Brieva.
ALFREDO.....	Sr. Font.
PEDRO.....	Sr. Fernandez.
SARGENTO.....	Sr. Becerra.

Soldados, Aldeanos y Aldeanas.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la sala baja de una posada de pueblo. Puerta al fondo y grandes ventanas que dan al campo. Á la izquierda dos puertas y otras dos á la derecha. Muebles sencillos: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen PEDRO, SARGENTO, SOLDADOS, sentados alrededor de las mesas. ALDEANOS y ALDEANAS.

MUSICA.

SOLDS. ¡Venga vino, mesonera!
Venga vino sin tardar,
que la cuenta es lo de menos
para todo militar.
Cantemos y bebamos
alegres, vive Dios,
en tanto no nos llame
el eco del tambor.

ALDEANOS y ALDEANAS. (Rodeándole.)
Decid, señor Sargento,
decid, por caridad,
si es cierto que á nosotros, los mozos
nos los van hoy á quitar.

SARG. Es preciso, compañeros;
no hay remedio, voto á tal,

que la reina necesita
vuestro arrojo sin igual.

ALDS. Yo no puedo;
tengo hacienda
y perdida
quedará.

SARG. Pues, amigos,
ese asunto
esta tarde
se verá.

PEDRO. Y decidme, ¿yo tambien
una bola he de sacar?

SARG. ¡Por mi nombre! ya lo creo,
como todos los demas.

PEDRO. Si caigo soldado,
haced la merced
decir de qué modo
aqui quedaré.

SARG. Todo el que lo quiera
libre puede ser,
con tal que dinero
en cambio me dé.

ALDS. Tanto no tenemos.

SARG. Pues cómo ha de ser:
yo debo al instante
cumplir con la ley.

PEDRO. Me caigo difunto
si tal llego á ver.

ALDEANA. Dí que eres ciego. (Á los demas.)

OTRAS. Dí que eres sordo.

OTRAS. Dí que no puedes,
que eres mi novio.

SOLDS. ¡Brava disculpa! (Riéndose.)
¡Brava, pardiez!
Bien se comprende
su sencillez.

(Suenan dentro las ocho y el redoble de un tambor.)

SARG. Ya de la quinta
la hora llegó.
Vamos, muchachos,
haya valor.

CORO GENERAL. Ya de la quinta

la hora llegó.
Vamos, muchachos, (Unos á otros.)
haya valor.

(Van saliendo todos por el fondo: queda la escena un momento sola, y sale Teresa por la izquierda.)

ESCENA II.

TERESA, saliendo por la izquierda.

HABLADO.

¡Pedro! ¡Calle, se ha marchado, y sin decirme nada! Sin duda el Sargento con la prisa que tiene de efectuar la quinta se los ha llevado... Mire usted que es mucho cuento, que estos militares no nos han de dejar en paz, siempre á vueltas con la ordenanza y la disciplina militar, como si nosotros tuvieramos algo que ver con eso. ¡Vaya! Voy en busca de mi hermano y... ¿Quién entra?

ESCENA III.

TERESA y ALFREDO, embozado.

ALFREDO. Perdone usted, señora, ¿pero habria algun cuarto donde pudiera alojarme por esta noche?

TERESA. Si, señor, aqui hay uno magnífico; como que tiene cortinas verdes.

ALFREDO. Me es igual. No quiero mas que reponerme algun tanto de la fatiga del viaje para poderlo continuar mañana.

TERESA. ¿Pues vá usted muy lejos?

ALFREDO. Á Francia.

TERESA. ¿Por los Pirineos? (Con malicia.)

ALFREDO. Ya comprendo; usted juzga que seré partidario de don Cárlos, y que bajo un pretesto... No, señora, soy indiferente á la política, y no me mezclo en ella.

TERESA. Ojalá pudiera yo decir otro tanto.

ALFREDO. Pues qué, acaso usted... (Admirado.)

TERESA. Yo precisamente no... pero mi hermano...

ALFREDO. Está defendiendo la causa de...

TERESA. ¡Cá! no, señor. Él no defiende mas que su causa. Pero

temo que á pesar de no servir para nada se lo lleven.

ALFREDO. ¿Quién?

TERESA. Un sargento que ha llegado esta mañana con muchos soldados, á pedir que se efectúe la quinta.

ALFREDO. ¿Cuándo?

TERESA. Esta misma noche. Dice que no se puede detener... esto es una picardia.

ALFREDO. Y su hermano de usted...

TERESA. Entra en ella... ya vé usted cómo estaré yo; si se me puede ahogar con un cabello!

ALFREDO. ¡Es muy natural! Pero quién sabe; todos los que entran en el sorteo no van á servir.

TERESA. ¡Ya! Pero si le toca... es un trastorno... quién cuidará de la posada... yo, qué entiendo de paja y cebada... y por último, yo no quiero que se vaya.

ALFREDO. Todas ellas son sobradas razones... ¡oh! cuán feliz es su hermano de usted.

TERESA. ¡Calle! ¿y por qué?

ALFREDO. Tiene una persona en el mundo que se interesa por su suerte.

TERESA. No, señor,que somos dos. Petra, que es su novia, y con la que se iba á casar dentro de tres meses: qué trago para la pobrecilla! El gobierno debia pensar en todos estos inconvenientes.

ALFREDO. (¡Me admira su sencillez! ¡Hay en su semblante tanta franqueza!)

TERESA. Pero usted querrá descansar, y yo le estoy entreteniendo con asuntos que le son indiferentes.

ALFREDO. No crea usted...

TERESA. ¡Vaya! Voy á ver si todo está corriente y vuelvo al instante.

ESCENA IV.

ALFREDO.

¡Pobre jóven! No sé por qué me interesa su dolor... demuestra tanto cariño, tanto interés, oh, si una mujer asi me amase... ¡Qué locura!... No... será ficcion. Yo no puedo amar á nadie, han secado en mi corazon las fuentes de la ternura, y sólo me resta el hastio, el desprecio para todo. Mi patria no me ha dado un dia de fe-

licidad; pues huyamos de ella. Francia tal vez me muestre una nueva vida de dichas y placeres. Á Francia, Alfredo, á Francia.

ESCENA V.

ALFREDO, PETRA, y á poco TERESA.

PETRA. ¡Teresa! ¡Ah! (Viendo á Alfredo.)
ALFREDO. ¿Se asusta usted, señorita?
PETRA. No señor... pero venia... buscaba á...
TERESA. ¡Petra! ¿eres tú? (Saliendo.)
PETRA. Si... queria saber...
TERESA. Ya tiene usted su cuarto arreglado, yo le llamaré para cenar.
ALFREDO. ¡Está muy bien! ¡Adios!

ESCENA VI.

TERESA y PETRA.

PETRA. ¿Y qué hay?
TERESA. ¡Aun no ha vuelto!
PETRA. ¡Cuánto tarda, Dios mio!
TERESA. No, mujer. Hace poco que se ha marchado. Ademas, te se figura que se concluye tan pronto? Primero que midenjá este, que enderezan á aquel... que hacen ver á los ciegos, andar á los cojos y hablar á los mudos. Y que despues tienen que oir su correspondiente arenga, de patria y deberes.
PETRA. Si vieras qué miedo tengo...
TERESA. ¿Temes que saque mal número?...
PETRA. Como que él no escoge...
TERESA. ¿Y quién le estorba escogérselo?... En su mano está. Lo que es yo, por esa parte estoy completamente tranquila. Mi hermano es hombre de mucha suerte y...
PETRA. Si, mucha. Tiene una posada, y nunca entran viajeros en ella.
TERESA. Te engañas. Lo menos vienen dos por semana, y si no ahora mismo acabas de ver á uno.
PETRA. ¿Ese que estaba embozado?...
TERESA. Parece un hombre misterioso, ni aun he podido verle á

mi gusto; subia el embozo, y porque no le extrañase mi curiosidad... Pero en fin, dentro de dos meses dejamos esta casa y nos vamos á vivir á esa bonita posesion que ceden á mi hermano á plazos; entonces os casais, y ya verás qué felices somos los tres.

PETRA. ¿Los tres? Pues qué, ¿tú no te piensas casar?

TERESA. Yo no.

PETRA. ¿Por qué razon?

TERESA. Muy sencilla... porque no amo á nadie.

PETRA. ¿Á nadie?

TERESA. Exceptuando á tí y á mi hermano y á vuestros hijos, cuando los tengais. Ya verás... yo me encargaré de su educacion... los mimaré... Á mí me corresponde de derecho... yo seré su tiita... y cuando sea vieja me pondré anteojos para enseñarles á leer... les reñiré, les daré dulces y me querrán mucho, y yo me los comeré á besos, mientras que á su mamá se le caerá la baba de gusto y de envidia.

PETRA. ¡Qué loca eres!... ¡Ah, Pedro!

TERESA. Gracias á Dios.

ESCENA VII.

DICHAS, PEDRO.

PEDRO. (¡Si cuando yo decia!) ¡Calle, Petra!

PETRA. Si... yo que queria saber...

PEDRO. ¿De veras? Pues me alegro mucho.

TERESA. Vamos, habla... ¿saliste bien? ¿no servias? ¿se ha acabado ya?

PEDRO. Lo que es yo... ya he concluido.

TERESA. Y qué, ¿has sacado buen número?

PEDRO. El mejor...

PETRA. ¡Ah!

TERESA. ¿Ves lo que yo te decia?

PETRA. ¿Y cuál?

PEDRO. El número uno.

PETRA. ¡Cielos!

TERESA. ¡Cómo!...

PEDRO. Muy fácilmente.

TERESA. ¡El uno! ¿Y por qué lo has tomado?

PEDRO. Pues alguno habia de ser; no podia quedarse en el

bombo.

TERESA. Si... pero tú le has escogido aposta.

PEDRO. ¿Yo?

PETRA. Es claro... porque me quieres dejar.

PEDRO. Pero Petrita...

TERESA. Quieres que te maten.

PEDRO. Eso si que no es verdad.

PETRA. ¡Digo!... ¡en la guerra!... ya es difunto.

PEDRO. Pero, hijas, no hay balas para todo el mundo.

TERESA. Si... como tiran pocas, ¡alguna te dará!

PEDRO. Créeme, Teresa, que lo sentiré.

TERESA. Pues no te irás.

PETRA. Muy bien hecho.

PEDRO. Eso es lo que yo quiero, mas...

TERESA. Cuando yo me empeño en una cosa...

SARG. ¡Buenas noches! (Saliendo.)

TODOS. ¡El Sargento!

ESCENA VIII.

DICHOS, el SARGENTO.

SARG. ¿Qué es eso? ¿os asustais?

TERESA. No por cierto; á mí no me asusta nada.

SARG. Asi me gusta... Vengo á dar la enhorabuena á este buen mozo.

TERESA. Pues no hay para qué... ¿verdad?...

PEDRO. Lo que es por mí...

SARG. Pues me agrada... ¡voto á mil bombas! ¡Piensas que es poca fortuna la que acabas de tener!

PEDRO. ¿Si? Pues os la regaló.

SARG. ¡Vaya, y con qué gracia ha sabido sacar el número que tiene mas!... Como que no hay otro igual en el saco... me acuerdo, que yo saqué el tres, y me dí por muy satisfecho.

PEDRO. Pues yo me creo todo lo contrario.

TERESA. Ella será lo que quiera, pero él no ha de ir.

SARG. ¿Cómo?

PEDRO. Arréglelo usted, señor Sargento... diga usted que estoy muy ocupado.

SARG. La milicia no tiene que ver con eso.

TERESA. Pero si es muy bajo.

SARG. No importa... si no puede ser granadero, será fusilero, ó cazador.

PETRA. Pero como tiene una salud tan delicada.

SARG. Eso ya es otra cosa... entonces se le agregará al cuerpo de rancheros.

PETRA. ¡Dios mio!

PEDRO. Está visto... no hay remedio.

TERESA. Yo creo que para tomar una carrera se necesita alguna aficion, y mi hermano no tiene ninguna al ejército.

SARG. Lo que es de gustos y colores allí no se cuidan. Á los soldados se les deja en entera libertad de pensar lo que gusten, con tal que esten prontos á la primera señal. Conque ya podeis ir calculando que por este método importa muy poco...

TERESA. Pero si no tiene tiempo de ser soldado. Acaba de alquilar una granja, y se vá á casar.

SARG. ¡Hola! ¿Conque hay todo eso?

PETRA. Si, señor... y si ahora se marcha me quedo sin novio, y es una triste gracia que una...

SARG. Ya comprendo... Pues, ea, para que veais hasta dónde llega mi amistad, voy á haceros un servicio.

TODOS. ¿Cuál?

SARG. Indicarle siempre el sitio de mas peligro.

PEDRO. Hombre, pues me gusta.

SARG. Asi ascenderá muy pronto si no lo matan.

PEDRO. Y si lo hacen...

SARG. Entonces me casaré yo con ella.

PETRA. Mil gracias.

PEDRO. Pues vaya un consuelo.

SARG. ¡Bah! no tengas cuidado... mírame á mí... hace veinticuatro años que ejerzo esta hermosa carrera, y solo tengo motivos para alegrarme... quince años soldado... siete cabo, y dos sargento... conque ya ves si con valor y constancia los grados llegan casi sin sentirlo.

PEDRO. ¡Friolera!

TERESA. Pero, cuando yo lo digo...

PETRA. Veinte años.

PEDRO. Eso es muy largo.

SARG. Calla, tonto, yo te respondo que antes de mucho vuelves de general.

PEDRO. ¿De veras... y cómo?...

SARG. Muy fácilmente.

CANTO.

SARG. Si dura la campaña
es fácil á mi ver,
que puedas muy en breve
llegar á brigadier.

PEDRO. / TERESA. / PETRA. Si voy / marcha á la campaña
mas fácil puede ser,
me / le rompan una pierna
sin ser ni coronel.

SARG. Desecha esa pavura,
no tiembles, ¡voto á san!
y mira de qué modo
se ha de prosperar.

PEDRO. Yo tengo calentura
tan solo con pensar,
que quiera que no quiera,
á tiros he de andar.

SARG. Avanza el enemigo,
empieza la batalla,
y rompe la metralla
formado batallon.
Y aquel que es mas valiente,
alcanza la victoria,
sellando su memoria
el trueno del cañon.
Es el soldado
premiado
por su ardimiento,
sargento;
y de repente
teniente.
En breve sin querer
se mira capitan,
asciende á coronel,
y muere general.

PEDRO. }
TERESA. } Encuentro / Encuentra mas placer,
PETRA. }

con nadie batallar,
tener una mujer
y vivir sin trabajar.

HABLADO.

PEDRO. Todo eso está muy bien, pero yo no quiero ser soldado.
SARG. Ya te irás acostumbrando.
PEDRO. ¡Cá! no, señor.
TERESA. Pues yo me empeño en arreglar este asunto, y lo haré por mi nombre.
SARG. Pues me gusta.
PETRA. ¿Y cómo?
PEDRO. Á ver...
TERESA. Tú no quieres que te maten, y eso es muy natural... por consiguiente es necesario impedirlo... yo acudiré á la reina y la diré: señora... todo eso está muy bien, pero... mi hermano no puede... se vá á casar, y su novia se moriria de sentimiento y yo con ella.
SARG. Si... pero la patria...
TERESA. Pues bien, que viva la patria, pero que nos deje en paz.
PEDRO. Tiene razon Teresa.
SARG. Otro medio hay mas sencillo.
PEDRO. }
TERESA. } ¿Cuál?
PETRA. }
SARG. Poner un sustituto... en el pueblo no faltará algun muchacho...
TODOS. ¡Ah!
PEDRO. ¡Ya! Un sustituto... ¿y con qué?...
SARG. Voto á mil bombas... con dinero.
PEDRO. Efectivamente, pero hallo una pequeña dificultad.
SARG. Sepamos cuál es.
PEDRO. Que no tengo un cuarto.
SARG. Pues entonces no hay que hablar, sino disponerse á...
TERESA. Un sustituto... yo le encontraré.
PEDRO. ¿Tú?

PETRA. ¡Cómo!

SARG. Esta muchacha es el demonio.

TERESA. Si, saldré por todo el pueblo... hablaré á los mozos, y tal vez encuentre un amigo, un compañero que ocupe tu puesto. ¡Oh! si le hallase, le daria cuanto poseo, mis vestidos, mis alhajas, y hasta esta cruz que fué de mi madre.

PEDRO. Pobrecilla...

TERESA. Y por último... ¿no valgo yo tanto como un hombre?... Pues bien, si hubiera alguno tan generoso como deseamos, le diria: Mirad, soy jóven... no fea... aunque un poquillo atolondrada, pero tengo un buen corazon que será todo vuestro, si salvais á mi hermano. Lo juro por esta cruz; si partis en lugar de Pedro, á vuestra vuelta me casaré con vos y no amaré á otro... y aun asi no creeré haber pagado vuestro sacrificio.

PEDRO. Teresa...

SARG. (Lástima no tener veinte años para cogerla la palabra.)

PETRA. Hermana mia...

SARG. Vamos, no hay que afligirse de esa manera... aqui estaremos ocho dias y en ese tiempo quién sabe...

PETRA. Tiene razon, bien podremos...

PEDRO. Si... yo cavilaré... y para ver si encuentro alguna buena idea, no será malo que cenemos; siento una debilidad...

SARG. Me gusta el medio.

TERESA. Pues entonces voy á prepararlo todo. Supongo, señor Sargento, que os quedareis á acompañarnos.

SARG. Lo siento mucho, pero el servicio...

PEDRO. Pero por una vez...

SARG. Me es imposible, con eso no se puede jugar... voy á disponer algunas cosas en cuanto hable con Pedro.

PEDRO. ¿Conmigo?

TERESA. ¿Para qué?

SARG. Curiosilla... ya lo sabrás... por ahora no tengas cuidado.

TERESA. Os creo... Petra, vente conmigo: hasta la vista, señor Sargento.

SARG. Hasta luego.

ESCENA IX.

SARGENTO y PEDRO.

SARG. Me parece, amigo Pedro, que no te quejarás de mi diplomacia.

PEDRO. De la que...

SARG. Pues es claro... te he ahorrado un sinnúmero de lágrimas y suspiros.

PEDRO. No le entiendo á usted.

SARG. Pues es muy fácil... Esta noche nos vamos.

PEDRO. ¿Cómo...

SARG. Dentro de una hora.

PEDRO. Pero, ¿por qué me lo habeis dicho tan de repente?... esto es un trabucazo.

SARG. Los malos tragos pasarlos pronto.

PEDRO. ¿Pero á qué viene tanta prisa?...

SARG. Acabo de saber que la faccion se encuentra muy cerca de estos sitios, y si le dá la gana de llegarse por aqui...

PEDRO. ¿Qué sucederá?...

SARG. Poca cosa... nos fusilarán.

PEDRO. Pues esto es mucho peor.

SARG. Apenas somos sesenta hombres, y eso con los diez quintos que llevo.

PEDRO. Esto es susto sobre susto.

SARG. ¡Qué demonios! ya saldremos bien de todo.

PEDRO. ¿Y qué dirá mi hermana?... ¿y Petra? ¡pobrecilla! sin marido...

SARG. Si quieres ahorrarte un disgusto, vente sin decirlas nada.

PEDRO. Pero...

SARG. Créeme... aprovecha un momento, y ¡qué demonios! no hay que afligirse por tan poca cosa... conque ya lo sabes, dentro de una hora...

PEDRO. ¿No lo podriamos dejar hasta mañana?...

SARG. ¡Imposible!... Yo volveré á buscarte: no seas perezoso; hasta luego.

PEDRO. Y yo voy á arreglar mi equipaje. Pobre Teresa... pobre Petra; ya no me volverás á ver, porque me matarán de fijo... y sin habernos casado...

ESCENA X.

ALFREDO.

¿Qué es lo que acabo de oir?... La desesperacion vá á reinar en esta casa dentro de breves momentos. El llanto de una hermana, los suspiros de una esposa... ¡Oh! es terrible... Á mi pesar, siento agitarse mi corazon al recuerdo de Teresa : si el amor... no... para mí ha muerto, no es posible ya.

MUSICA.

Bella ilusion del alma,
que con alas de rosa,
cautivas cariñosa
mi pobre corazon,
¿por qué me desamparas,
y á mi ruego insensible
te muestras mas terrible
matando mi pasion?
Adios, bella ilusion,
para siempre adios. (Se vá por el fondo.)

ESCENA XI.

PEDRO, saliendo con un lio de ropa.

HABLADO.

Pues señor, veamos si se me olvida alguna cosa de las que exige el servicio de la reina. Los peines, un cepillo, dos pares de ligas y un mondadientes. Todo está completo. Ya estoy en disposicion de marchar. Ahora será lo mejor escaparme cuanto antes, no vuelva el Sargento y...

ESCENA XII.

PEDRO, y PETRA.

PETRA. (¡No me engaño! ¡se marcha!)
PEDRO. Ea, á la una... á las dos... Petra.
PETRA. ¡Ah! conque nos engañabas... nos dejas.
PEDRO. Es forzoso, la patria me necesita.
PETRA. Y yo tambien.
PEDRO. Si, pero como no me puedo dividir en dos, me decido por lo que no hay otro remedio.
PETRA. Infeliz de mí... este es el pago que merezco...
PEDRO. Pero si yo...
PETRA. Fíese usted en los hombres, que nunca le dirán la verdad.
PEDRO. Mujer... bien quisiera quedarme.
PETRA. Pues hazlo.
PEDRO. Eso se dice muy fácilmente.
PETRA. Pues te advierto que si te vas, no cuentes con mi cariño; pues en castigo de tu infidelidad... querré á otro; me casaré con él, y ji... ji...
PEDRO. Te comprendo, Petra... seis años de esperar, para una mujer es mucho... Ademas yo me moriré muy pronto.
PETRA. ¿Por qué?...
PEDRO. Porque me tocará la china.
PETRA. Pedrito, no te mueras, yo te aguardaré.
PEDRO. ¿De veras?
PETRA. Si, pero has de volver.
PEDRO. Haré cuanto pueda.
PETRA. ¿Y me escribirás?
PEDRO. Si... te escribiré todo lo que me pase y me deje de pasar... Ea, dáme un abrazo y adios.
PETRA. Ay, adios.

ESCENA XIII.

DICHOS, TERESA.

TERESA. ¿Qué es eso, Petra, por qué lloras?...
PETRA. Porque se vá, Teresa.
TERESA. ¿Cuándo?

PETRA. Ahora mismo.
TERESA. ¡Ah! (Dejando caer los platos.)
PEDRO. Adios, ya no hay cena.
TERESA. Pedro, ¿será posible...
PEDRO. Sí.
TERESA. Pero no decias...
PEDRO. Y qué quieres, mujer... Los facciosos parece que nos quieren hacer una visita.
TERESA. Y qué...
PEDRO. Nada, que el Sargento quiere excusarse, porque aborrece los cumplimientos.
TERESA. Y sin estar prevenidos...
PEDRO. No te apures... Aqui llevo el equipaje; no se me olvida nada.
TERESA. Mas...
PETRA. Pedro...
PEDRO. ¡Adios, próxima mujer mia, adios, hermanita, si me muero no nos volveremos á ver!
PETRA. } ¡Ah!
TERESA. }

MUSICA.

TERESA. Hermano, no te vayas,
te lo pido, te lo ruego.
PEDRO. Quisiera complacerte,
que á la guerra tengo miedo;
mas dicen me fusilan
si allá no me presento.
PETRA. ¡Asi me desamparas,
te olvidas ya de mí!
PEDRO. Petra, ¡qué me dices!
¿que no te quiero á tí?
ELLAS. No, no, no.
PEDRO. Si, si.
TODOS. Ji, ji, ji, ji, ji, ji.
PEDRO. No me agrada por mi nombre.
comer pan de municion,
mas me llama la nacion,
el negocio á concluir.
Aunque yo lo arreglaria

mucho mejor desde aqui.

LAS DOS. Bien comprendo que no quieres
comer pan de municion,
mas te llama la nacion
y me dejas sola aqui.
Mas escucha mi porfia,
no te empeñes en partir.

TODOS. Ji, ji, ji, ji, ji, ji.

PEDRO. Mas decidme, de qué modo
hoy podré sin dilacion,
escapar del batallon
y librarme de partir.
Si el Sargento al fin me ultraja,
no hay remedio para mí.

LAS DOS. Si te escondes al momento,
Pedrito, en un rincon,
No vas al batallon
y te quedas por aqui.
Si el Sargento al fin te atrapa
no hay remedio para mí.

TODOS. Ji, ji, ji, ji, ji, ji.

ESCENA XIV.

DICHOS, el SARGENTO.

HABLADO.

SARG. ¡Voto al infierno!

LAS DOS. ¡El Sargento!

PEDRO. Me cayó la lotería. (Se oculta detrás de ellas.)

SARG. ¡Hola, perlitas!...

TERESA. ¿Qué quereis? Mi hermano no está; ha salido.

PEDRO. (Justo; á dar un paseo.)

SARG. Pero...

TERESA. Nada, lo dicho, dicho... Buscadle por donde podais...
Media vuelta á la izquierda y tomad el portante.

SARG. Voy á obedecer. Caballero oficial... buscaba á Pedro...
para darle este papel.

TERESA. ¿Y qué es?

SARG. Su licencia absoluta.

PEDRO. ¡Mi licencia! (Asomando la cabeza por entre las mujeres.)

TERESA. Cómo...
PETRA. ¡Será posible!...
SARG. Miradla.
TERESA. No hay duda.
PEDRO. ¡Qué gusto!... ¿conque ya no soy soldado?
SARG. No por cierto, á no ser que tengas la feliz ocurrencia de...
PEDRO. No, señor; no hay para qué...
TERESA. ¿Pero cómo se ha podido arreglar?... Es usted un buen mozo, señor Sargento.
SARG. Gracias. (¡Qué talento tiene esta chica!)
TERESA. Eso merece un millon de abrazos.
SARG. Vengan; para eso siempre estoy dispuesto.
PETRA. Yo tambien.
SARG. No hay inconveniente... apretad sin cuidado.
TERESA. Me parece un sueño cómo ha sucedido esto, porque yo no puedo comprender...
SARG. ¡Ah! se me olvidaba la mitad de la consigna.
TERESA. No entiendo.
SARG. Traigo una carta para usted.
TERESA. ¿Para mí?
SARG. Justamente.
TERESA. ¿Quién se la ha entregado?
SARG. Un individuo que no tengo el honor de conocer.
TERESA. Veamos. «Señorita... no me conoce usted porque no me ha visto mas que por muy breves momentos... pero he oido cuanto han hablado ustedes hace poco, pues me encontraba muy cerca...»
PEDRO. ¿Cerca de aqui?
TERESA. «Parto en lugar de Pedro: no impongo condicion alguna. Él es necesario al ladó de usted; yo no hago falta á nadie en el mundo... no tengo familia ni amigos, y el dolor de la de usted ha llegado á mi corazon... Si mi suerte conmueve el de usted, entréguele al Sargento esa cruz de oro de su madre de usted, y por la que ha jurado ser mia... Espere usted dos años, y si no muero vendré á dársela yo mismo.»
SARG. Tiene razon, porque si le matan...
PEDRO. ¡Oh! entonces de fijo que no vendrá.
TERESA. «Acuérdese usted de su juramento, no porque lo exija algun dia, sino por morir amado de alguna persona.» No hay firma ni sabemos...

PEDRO. No importa... debe ser un buen muchacho.
PETRA. Ya lo creo.
TERESA. ¿Pero usted no sabe?...
SARG. Nada.
TERESA. ¿No le ha visto usted?
SARG. ¿Verle?
TERESA. ¿Es jóven?
SARG. ¡Toma! si es recluta.
TERESA. ¡Ah! si.
PEDRO. Es condicion precisa, que si no...
TERESA. ¿Y es buen mozo?
SARG. Supongo...
TERESA. ¿Rubio ó moreno?
SARG. Pero...
TERESA. Y bien mirado, á mí me es igual lo uno ú otro.
SARG. Á decir verdad, como se presentó de noche y ya podeis comprender que á esa hora todos los gatos...
PEDRO. Son pardos, es verdad.
TERESA. ¿Pero no es jorobado ni manco?
SARG. ¿Manco? Pues no faltaba mas sino que en el ejército español se reclutasen mancos.
TERESA. Pues bien, tome usted mi cruz, y con ella mi promesa; dígale usted que desde ahora soy suya, y que jamás seré de otro... que no pasará un dia sin que ruegue á Dios por él; y usted, señor Sargento, no le abandone ni un momento, y ojalá que cuando vuelvan ustedes puedan decirme... «Aqui está, es digno de tí; empezó siendo un hombre honrado y fué despues un valiente militar.»
SARG. (¡Cáspita con la muchacha!... es capaz de hacer que uno se mate por casarse despues con ella.)
PEDRO. Si, señor Sargento; decidle que se porte como yo en esos casos.
TERESA. Pero no poder saber quién era ese hombre.
PETRA. Él nos escuchaba.
PEDRO. Á no estar dentro de la casa, debe ser brujo.
TERESA. ¡Ah!
PETRA. ¿Dónde vas?
PEDRO. ¿Qué haces?
TERESA. ¡Él es!
TODOS. ¿Quién?
TERESA. El desconocido que llegó esta noche.
PETRA. ¿El que estaba aqui cuando yo entré?

TERESA. Si, ¡y no haberme fijado!... ¿Recuerdas tú sus facciones?
PETRA. No; ya ves, como no estuvo mas que un momento...
TERESA. ¡Qué desgracia!... (Se oye el tambor.)
PEDRO. ¿Qué es eso?
SARG. La señal de marcha... Vamos á ponernos en camino.
TERESA. ¡Vá á partir!
PEDRO. ¡Pobrecillo!
TERESA. ¡Y no poder verle!... quisiera saber... ya veis, es casi mi marido.
SARG. Efectivamente convendria tener una entrevista con él... pero ya no es posible... nadie se puede separar de las filas y el tiempo apura... Pero mirad... asomaos á esa ventana, y estad con atencion... yo haré de modo que vaya el segundo.
TERESA. Conque...
SARG. ¡Chit!
TERESA. Gracias, asi podré verlo.
PEDRO. Si, de esa manera conoceré yo mi retrato.
SARG. Vaya, adios, y sed felices.
TERESA. Adios.
PEDRO. Buen viaje, señor Sargento, y mandar. Pobrecillo, sentiré que lo maten; pero en fin, mas vale que sea él.
PETRA. ¡Ya vienen!
TERESA. Dejadme... quiero verle.

MUSICA.

SOLDS. Avanza la noche,
(Cruzando por el monte.)
preciso es marchar:
adios para siempre,
mi amado lugar.
ALFREDO. (Desde el monte, mirando á la casa embozado.)
Un pobre soldado
hoy pide no mas
un dulce recuerdo
de amor fraternal.
Ausente de tí (Sacando la cruz.)
camino sin luz,
mi escudo será

por siempre esta cruz.

TERESA. La luna ¡ay de mí!
me niega su luz,
mas miro en su mano
brillando mi cruz.

ALFREDO. (Alejándose con los soldados.)
Mi Teresa,
tu promesa
llevo yo.

TERESA. No le veo,
(Con desesperacion.)
mi deseo
se frustró.

ALFREDO. Adios, jóven hechicera,
no te olvides de mi amor.
(En lo alto de la montaña, y desaparece.)

TERESA. Que Dios te bendiga
como te bendigo yo.
(Cayendo de rodillas y con las manos al cielo, al pié de la reja.)

PEDRO. Que la suerte al fin te libre
de una bala de cañon.

SOLDS. Avanza la noche,
preciso es marchar.
Adios para siempre,.
mi amado lugar.

(Este último coro se vá alejando: por diferentes sitios de la montaña se ven aldeanos que agitan sus pañuelos, á los que contestan los quintos. Teresa y Petra de rodillas. Pedro les saluda con el sombrero. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el patio interior de una granja, cuya principal habitacion está á la izquierda. En el fondo una puerta. Á la derecha un pabellon dependiente de la granja.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, ALDEANOS y ALDEANAS.

ALDEANOS. Albricias, señora,
la guerra acabó,
dicen que en Vergara
la paz se firmó.

PETRA. ¿Y cuándo esa nueva
al pueblo llegó?

CORO. Apenas del alba
la luz alumbró.

PETRA. Contad lo que dijeron,
contadlo por favor.

CORO. Que España en adelante
es solo una nacion.
La lucha al fin termina
con noble decision.

PETRA. Al cielo demos gracias
por tan grande favor.

CORO. Mil músicas y bailes,
se van á preparar,

que queremos este dia
aqui solemnizar.

PETRA. Las músicas y bailes
corred á preparar.
Ninguno en este dia
que venga á trabajar.

CORO. Mil gracias, señora,
por tanta bondad;
la fiesta vendremos
aqui á celebrar.

HABLADO.

PETRA. Ahora no perdais tiempo; es preciso hacer algo en albricias de este acontecimiento que nos devuelve la tranquilidad.

ALD. ¿Y el amo? ¿no estará aqui esta noche para asistir á la fiesta?

PETRA. No lo sé, y no me deja de tener con cuidado no haber recibido ayer carta suya. Teresa ha ido á informarse.

ALD. Pues vaya, supuesto que nos ha dado permiso, vamos á correr por todo el pueblo y á beber de lo lindo, no es verdad, muchachos?

TODOS. Si, si.

PETRA. Adios, y hasta luego, que espero que volvereis.

ALD. Pues no faltaba mas: que viva nuestra ama.

TODOS. ¡Viva! (Se van por el fondo.)

ESCENA II.

PETRA, y á poco TERESA con una carta.

PETRA. ¡Dios mio! Cómo no habrá escrito Pedro... si alguna desgracia... tal vez enfermo... Qué cosa mas fastidiosa es la separacion, quince dias se parecen á quince siglos... pero... no volverá á suceder; en adelante yo le acompañaré á todas partes, y de esa manera...

TERESA. (Dentro.) ¡Petra, Petra!

PETRA. ¡Calle! es Teresa, y viene corriendo con un papel en la mano.

TERESA. (Saliendo.) ¡Una carta!

PETRA. ¡Una carta!
TERESA. ¡Si, de él, de él!
PETRA. ¡De Pedro!
TERESA. Justamente, he conocido la letra.
PETRA. Dámela.
TERESA. No, no; quiero yo leerla en pago de mi trabajo.
PETRA. Ha llegado ahora...
TERESA. No por cierto: ayer, pero se le olvidó al cartero dárnosla.
PETRA. Vaya una picardia, cuando la aguardabamos con tanta impaciencia.
TERESA. Pero afortunadamente ya está aqui.
PETRA. Vamos, lee pronto.
TERESA. Ya voy, escucha. «Monzon, etc. Querida Petra: segun »creo este se acaba y el trigo tambien. He vendido las »últimas fanegas que me quedaban, á buen precio, de »modo que todo me sale á pedir de boca, aunque he es»tado á punto de perder mi fortuna y tal vez la vida.» ¡Dios mio!
PETRA. Prosigue...
TERESA. «Tenia todo mi dinero en una cómoda que hay en mi »cuarto, y una noche entraron para robarme, y lo hu»bieran conseguido sin el valor de un capitan que se »alojaba en un cuarto inmediato al mio en esta fonda, »que habiendo oido ruido entró armado y logró poner »en fuga á los ladrones á pesar de ser herido en un brazo »por uno de ellos.»
PETRA. ¡Qué desgracia!
TERESA. Ya me interesa ese capitan.
PETRA. No te pares.
TERESA. «Á fuerza de ruegos he conseguido que consienta en »pasar en mi granja algunos dias, aunque yo me ale»graria de poder conseguir se quedase con nosotros, »pero tiene un carácter particular y brusco. Huye de la »sociedad.»—¡Pues debe ser divertido ese capitan!— «Creo que tiene algun pesar, y cuento con Teresa para »distraerle.»—¡Hola! ¡conmigo!—«Saldremos de esta »mañana y pasado os daré un abrazo.»
PETRA. ¡Hoy!
TERESA. Justamente.
PETRA. ¡Qué alegría, Teresa! es necesario prevenir algunas habitaciones y las camas.

TERESA. Tambien es mania la de mi hermano traer á casa un capitan. Un desconocido que nos fastidiará con sus historias, porque será un viejo gruñon con sus bigotes canos y...

PETRA. Pero ha salvado á Pedro.

TERESA. Por eso consiento, que si no...

PETRA. Aqui hay una posdata.

TERESA. Es verdad... y para mí.

PETRA. ¿Á ver?

TERESA. «He tratado de averiguar la suerte de aquel que fué de »soldado por mí, pero no he logrado descubrir nada. »Decian que el Sargento venia á Monzon, pero nada se »sabe de positivo, mas que su regimiento fué comple»tamente destrozado.»—¡Cielos, si habrá muerto!

PETRA. ¡Y nosotros que casi no nos hemos acordado de él... ese infeliz á quien debemos toda nuestra felicidad!

TERESA. ¡Oh! lo que es eso... No ha pasado un dia sin que le tuviera presente en mi memoria: le juré ser suya, y me es imposible olvidarle: ¿quieres creerlo? le amo sin conocerle... Mil veces he rogado por él al cielo, y le decia: «¡Dios mio, velad por su vida: está ocupando el puesto de mi hermano.» ¿Si habrá perecido?

PETRA. Á lo menos, desde que se marchó no hemos recibido la menor noticia suya, y ya han trascurrido los dos años.

TERESA. Y no haberle visto una vez siquiera.

PETRA. Acaso sea una felicidad para tí. Tal vez seria un jóven muy gallardo, y de ese modo lo hubieras sentido mucho mas.

TERESA. No, al contrario. Yo creo que su figura no debia ser de las mas aceptables.

PETRA. ¿Por qué razon?

TERESA. Aquel cuidado que él tenia de encubrirse su rostro el dia que se marchó... ¡oh! cuando se tiene una buena cara, no se trata de ocultarlo á nadie.

PETRA. ¿Lo crees asi?

TERESA. Ciertamente; pero por eso no dejaré de serle fiel: tal vez habrá caido prisionero, y el mejor dia le tendremos aqui. Tengo presentimiento de que ha de volver, y ya sabes que no me engaño nunca.

PETRA. ¡Oh! eso es verdad. Tambien dijiste que tu hermano sacaria un buen número.

TERESA. Bien, pero él no marchó, no ha muerto y es tu ma-

rido.

PEDRO. (Dentro) ¡Petra! ¡Teresa!

TERESA. ¡Él es!

PETRA. ¡Pedro!

TERESA. ¡Hermano mio!

ESCENA III.

PEDRO, ALFREDO, TERESA, PETRA.

MUSICA.

PEDRO. ¡Teresa! ¡Mi Petra!

LAS DOS. ¡Qué felicidad! (Abrazándole.)

PEDRO. ¡Pasad adelante, (Á Alfredo.)
señor capitan!

LAS DOS. (¡Es jóven!)

ALFREDO. (¡Es ella!
¡qué hermosa que está!)

PEDRO. Os presento á quien mi vida
conservó con su valor
de un tunante que queria...

ALFREDO. Callad, Pedro, por favor.

LAS DOS. En pago del servicio,
os juro, capitan,
cariño inalterable
por siempre conservar.

ALFREDO. No merece el servicio
que le pude prestar
cariño inalterable
por siempre conservar.

PEDRO. No es flojo el servicio,
mi bravo capitan,
por él está mi bolsa
aqui sin novedad.

ALFREDO. (¡Su hermosura me fascina
y me abrasa su mirar!)

TERESA. (¡Ay, por qué tan admirado
no me cesa de observar!)

ALFREDO. (Dulce esperanza
de mi deseo,

brillar te veo
serena ya.
Fuiste mi vida,
mi dulce bien,
y hoy del eden
gloria me das.)

TERESA. (Dulce esperanza
de mi deseo,
brillar te veo
lejana ya.
Fuiste mi vida,
mi dulce bien,
mas de tu eden
no he de gozar.)

PEDRO y PETRA. Tanta ventura
aun no la creo,
pues que te veo
Petrilla / Pedrito ya.
Eres mi vida,
mi dulce bien,
y de tu eden
he de gozar.

HABLADO.

TERESA. (¡Un capitan!... ¡y yo que creia que era tan viejo!...)

PEDRO. Esta si que es la verdadera felicidad... Aqui está usted como en su casa... Siéntese, mi general.

ALFREDO. Gracias.

TERESA. El señor se debe encontrar algo cansado.

ALFREDO. Si, un poco.

TERESA. Eso me hace esperar que se quedará algun tiempo con nosotros.

ALFREDO. ¡Oh! no.

TERESA. ¿Nos quiere usted dejar ya?

ALFREDO. Si.

TERESA. (¡Y sigue mirando!)

PETRA. ¿Conque le soy á usted deudora de mi marido?...

PEDRO. Si, hija mia... si no es por él quizás á estas horas...

ALFREDO. ¡Oh! no vale la pena de recordar...

PEDRO. Es el jóven mas tímido y modesto... jamás ha pedido una recompensa, segun dicen sus compañeros, y ya saben ustedes que cuando ellos lo dicen... Y si no, ahí está esa cruz.

ALFREDO. Habia mil que la merecieron mejor que yo.

PEDRO. No, señor; y la prueba es que cuando el general acababa de repartir las cruces, quedándole esa en la mano, y viendo que nadie la reclamaba, preguntó á los soldados: «Compañeros, ¿quién es el que mejor la merece?» Y todos á una vez gritaron: «¡Alfredo!»

PETRA. ¡Oh! eso llenaria á usted de orgullo.

ALFREDO. Si... me causó bastante placer.

TERESA. Nosotros no podemos dar cruces; pero nuestros cuidados y nuestra amistad...

ALFREDO. Mil gracias... pero...

PEDRO. Lo que puede usted hacer, mi capitan, es quedarse aqui con nosotros.

ALFREDO. ¡Yo!

PEDRO. Si, por cierto. La guerra se ha acabado y ahora cada uno irá á meterse en su escondrijo, y yo he formado un plan, pero como tiene usted un genio asi tan díscolo, no me he atrevido...

ALFREDO. Hable usted, amigo mio.

PEDRO. Mi granja es bastante grande y cómoda, mis bienes se han aumentado considerablemente desde que me casé; de modo que podiamos formar aqui una especie de colonia los cuatro; ¿qué os parece?

TERESA. ¡Qué buena idea!

PETRA. Usted acepta, ¿no es verdad?

ALFREDO. Amigos mios; yo no merezco... debo partir, á no ser que algun suceso imprevisto cambie mi resolucion.

TERESA. Quién sabe...

PEDRO. (Calle, me parece que el capitan, sigue con la costumbre de tomar las plazas por asalto!)

ALFREDO. Pero no obstante, esto no es mas que un sueño y no debo permanecer aqui.

PEDRO. ¿No le agrada á usted el pais?

ALFREDO. Al contrario, es encantador...

PEDRO. ¿Qué, no le gusta á usted mi mujer?

ALFREDO. ¡Qué está usted diciendo!...

TERESA. Tal vez le parezca yo fea.

ALFREDO. No por cierto. ¡Muy bonita!

PEDRO. (Vamos, ya ha dicho una cosa que valga la pena.)
TERESA. (Parece que le cuestra trabajo.)
PEDRO. Teresa, ¿convéncele... ¡Eh! señor capitan, que veinte años, y soltera...
ALFREDO. ¡Ah! esta señorita es...
TERESA. (Parece que le disgusta...)
ALFREDO. Siento mucho no poder complacerla, pero es preciso que parta.
PEDRO. Ya me lo ha dicho usted quince veces.
TERESA. Son muy amables los oficiales de la reina.
ALFREDO. Señorita...
PETRA. Á lo menos espero que comerá usted con nosotros.
TERESA. Tal vez sus asuntos...
ALFREDO. Me quedaré hasta la tarde.
PEDRO. Muy bien. (Qué lástima! Este jóven era un gran partido para Teresa.)
PETRA. (Ya habia yo pensado en ello.)
TERESA. (Me mira, y se marcha... no lo entiendo.)
PEDRO. Mira, mujer; me pesa mucho el dinero en los bolsillos... Ven y lo guardaremos.
PETRA. Corriente.
PEDRO. Con su permiso. Voy á arreglar ciertas cosas... mi hermana se queda con usted.
ALFREDO. Pero...
PEDRO. Nada, nada... si al momento volvemos. (Teresa, prueba á convencerle que se quede.)
TERESA. (¡Me parece difícil!...)
PEDRO. ¡Vente, Petra! ¡Adios!

ESCENA IV.

ALFREDO, TERESA.

TERESA. (¡Qué aire tan melancólico!... ¡Seguramente son muy interesantes los hombres que tienen un carácter asi, triste!)
ALFREDO. ¡Ah!
TERESA. (¡Qué suspiro!... Sin duda ha sido engañado por alguna mujer. Esto sucede todos los dias.)
ALFREDO. No debo pensar en ello.
TERESA. (Eso dicen todos, pero no lo cumplen jamás. De buena gana quisiera penetrar su secreto y saber si hay algun

medio de consolarle: yo no sé por qué es, pero siempre inspira interés un guapo mozo.)

ALFREDO. (Ella aqui... Si pudiera averiguar...)

TERESA. (¡Me mira!...)

ALFREDO. (Ese Pedro, haberse marchado, ¡y yo que no estoy acostumbrado á estas entrevistas!...)

MUSICA.

TERESA. (Está turbado
no sé por qué,
ya que es tan corto,
le animaré.)

ALFREDO. (Estamos solos,
qué la diré.
Temo y vacilo
no sé por qué.)

TERESA. ¡Estais muy pensativo!

ALFREDO. Estais muy seductora.

TERESA. Teneis alguna pena.

ALFREDO. No os lo niego, señora.

TERESA. Si acaso de una amiga
os mueve la amistad,
contadle qué os aflige
para con vos llorar.

ALFREDO. No sirve de una amiga
consuelo ni amistad,
que calma mis martirios
la muerte nada mas.
En la cuna abandonado,
sin caricias, sin amor,
pasé mis primeros años
con pesares y dolor.
No conté, señora, un dia
de ventura y de placer,
ni brindóme su cariño
casta y pura una mujer.
Noche sombria
miró mi llanto,
la luz del dia
vió mi quebranto.

Nada consuelo
brindó á mi mal,
y tras la muerte
voy con afan.

TERESA. Noche sombria
miró su llanto,
la luz del dia
vió mi quebranto.
Nada consuelo
brinda á su mal
y tras la muerte
corriendo vá.

HABLADO.

TERESA. ¿Conque no ha conocido usted á sus padres?

ALFREDO. Un anciano cuidó de mi niñez, pero murió el pobre, y me encontré solo en el mundo, sin recursos de ningun género. ¡Oh! qué cosa tan fatal es la miseria, cuando se tiene corazon... ¡Cuántas veces quise poner fin á mi existencia!

TERESA. ¡Desgraciado!

ALFREDO. Pero es tan triste morir á los veinte años, teniendo ambicion é inteligencia; todos los amigos me vendieron villanamente; yo creia en sus palabras, y al saber mi deplorable situacion huian de mí. ¡Oh! entonces nació en mí el ódio para el mundo. Yo no necesitaba mas que un átomo de ternura para entregarme todo entero, y solo la hiel de los desengaños marchitó mis ilusiones. Despreciado por los hombres, yo los he aborrecido.

TERESA. ¿Y las mujeres? ¿No ha amado usted á ninguna?

ALFREDO. ¡Las mujeres!—¡Ah!—Cree usted que con mi maldita estrella... Sin embargo no he tenido ocasion de conocerlas, mi situacion no me lo permitia.—Solo una vez creí haber encontrado á la que debia amar por toda la vida—¡yo era dichoso!—Pero fué un sueño, una locura, y estoy casi seguro de que me habrá olvidado. Veá usted por qué quiero huir del mundo, por qué he querido mil veces morir.

TERESA. (¡Infeliz! ¡Cómo le han tratado, teniendo un alma tan noble, tan generosa!) Vamos, no hay que desesperarse:

tiene usted hoy dia buenos amigos: en primer lugar mi hermano, y luego yo, que le aprecio mucho.

ALFREDO. ¿Usted, Teresa?

TERESA. Si, me ha conmovido esa relacion; y yo no sé qué daria por verle feliz. Porque una vez hayan burlado sus esperanzas, no veo en ello una razon para que asi suceda siempre. Yo estoy segura de que al fin logrará usted encontrar una mujer muy linda, y que se envanezca de pertenecerle, y de llevar su apellido.

ALFREDO. ¡Será verdad!—Yo no me atrevo á esperar tanta dicha.

TERESA. ¿Quién no se interesa por usted?

ALFREDO. ¿Dónde encontraria yo á esa mujer?

TERESA. Si no la busca usted, es difícil encontrarla.

ALFREDO. ¡Ah! nunca he sentido tanto como ahora la necesidad de poseer un corazon que me ame... Iria hasta el fin del mundo para buscarla.

TERESA. Tal vez no habrá necesidad de ir tan lejos.

ALFREDO. ¡Qué oigo!

TERESA No, señor, yo no he dicho nada.

ALFREDO. Si, si... esas miradas... esa voz conmovida... Teresa, si fuera cierto... no me engañe usted por piedad... si mi esperanza se desvaneciera, me moriria de dolor; me quitaria yo mismo la vida.

TERESA. ¿Vuelve usted á las andadas?...

ALFREDO. No, no me la quitaria... pero si fuese amado, si alguna, aunque solo sea por piedad, quisiera dulcificar mi suerte, mi vida entera no bastaria para pagarle semejante beneficio: me vuelvo loco de alegria.

TERESA. (¡Y se vá á volver loco efectivamente!)

ALFREDO. Y si fuese usted...

TERESA. ¿No tendria usted miedo de que le engañase?

ALFREDO. ¿Engañarme? no; conozco su corazon; lo sé por su hermano que es usted buena; y si al darme esa mano me dijese usted: «¡Alfredo, yo soy tuya y te pertenezco por toda la vida!» yo viviria tranquilo, porque creo muy bien que nunca habrá usted faltado á un juramento...

TERESA. ¡Un juramento! (¡Dios santo! ¡qué estaba haciendo!...)

ALFREDO. Se turba usted...

TERESA. Basta, caballero; yo no le puedo amar, yo no puedo ser suya, la compasion que me ha inspirado usted le ha dado márgen para que crea... pero yo amo á otro, es mi deber y no seré jamás de nadie.

ALFREDO. ¡Teresa!...

TERESA. Es inútil cuanto quiera añadir, y comprendo que no podemos seguir viéndonos, porque eso me haria faltar á mi deber, y yo no me olvido de lo que debo. ¡Adios!

ESCENA V.

ALFREDO.

¿Qué es lo que acabo de oir?... ¿Qué significa este cambio?... ¡Oh! mi deseo me engañaba... Creí que su amor era una locura... ¡Muere en el fondo de mi corazon, bella esperanza que me alentabas! ¿Ya qué me resta?... (Sacando la cruz.) ¡Tú que fuiste mi compañera y no te has separado de mí, vuelve al seno de donde saliste para no volver jamás á presenciar mi dolor!

ESCENA VI.

ALFREDO, el SARGENTO.

SARG. Debe ser en esta granja. Calle, él es.—¡Mi capitan!

ALFREDO. ¡Ah! eres tú. ¿Qué te trae?

SARG. Este pliego del general, que segun creo es de suma urgencia.

ALFREDO. Á ver...

SARG. (Será de algun pariente suyo todo esto; pero cá, si él me dijo que era huérfano. ¡Ah! torpe de mí: esto es de una mujer.—¡Qué penetracion la mia!...

ALFREDO. Me mandan ir á incorporarme á mi batallon; si, me decido, huyamos de estos sitios. ¡Y yo la amaba!

SARG. (¡Siempre tan triste!)

ALFREDO. Te voy á encargar de una comision, la cual cumplirás fielmente.

SARG. Lo prometo.

ALFREDO. Toma esta cruz.

SARG. ¡Calle! la de ..

ALFREDO. La misma. Yo voy á montar á caballo; dentro de un rato, verás á Teresa y se la devolverás.

SARG. ¿Está aqui?

ALFREDO. Si.

SARG. (Bien decia yo.)

ALFREDO. La dirás que la devuelvo su palabra, y que puede casarse con el hombre que ama.

SARG. Segun eso...

ALFREDO. Yo consentí en venir, porque aspiraba á conquistar el cariño de esa mujer, sin recordarla su promesa: queria su amor, no su agradecimiento.

SARG. Y parece que ella...

ALFREDO. ¡Ojalá que sea feliz!—Todo se acabó.—Vendrás á reunirte conmigo en el camino. Adios.

SARG. Pero, capitan...

ALFREDO. No me digas mas.—Sufro horriblemente, y quiero partir. (¡No volverla á ver, imposible!)

ESCENA VII.

SARGENTO, á poco PEDRO.

SARG. Pues señor, me agrada. Despues de dos años salir con eso. Al fin y al cabo esta es como todas las mujeres. ¡Qué bien he hecho yo en no casarme!

PEDRO. Buena fiesta se vá á armar.

SARG. ¡Calle! él es.

PEDRO. No me equivoco, el Sargento.

SARG. El mismo que viste y calza.

PEDRO. ¡Cuánto me alegro! Me dijeron ayer en Monzon que no sabian cuándo llegaba la cuarta compañia, en la que precisamente...

SARG. Debia estar yo, es claro. Pero no he llegado allá, porque el general me dió un pliego para el capitan, y gracias á un destacamento que encontré cerca de aqui, el cual me dijo que habia venido á una de estas granjas.

PEDRO. ¿Un pliego?

SARG. Sí, para que marche inmediatamente.

PEDRO. ¡Pero él no irá!

SARG. Pues no ha de ir: al escape.

PEDRO. Pues eso si que no lo consentiré... Marcharse de esa manera... ahora lo veremos.

SARG. Pero, hombre...

PEDRO. Nada, nada... ¡Teresa!... ¡Petra!...

ESCENA VIII.

DICHOS, TERESA, PETRA.

TERESA. ¿Qué quieres?
PETRA. ¿Por qué nos llamas?
PEDRO. No sabeis... el capitan se ausenta, no quiere quedarse.
PETRA. ¿Por qué?
PEDRO. ¿Qué se yo?... ¿Y tú, Teresa, qué dices?
TERESA. Que no debemos detenerle.
PEDRO. Pues me gusta!
SARG. (¡Miren la niña!)
PEDRO. Pues, ea, yo no lo consiento, y ahora mismo voy...
SARG. ¡Es inútil!
LAS DOS. ¡El Sargento!
SARG. Acaba de partir.
TODOS. ¡Ah!
SARG. Ha ido á reunirse á su batallon.
TERESA. Pero, dígame usted, señor Sargento, ¿qué sabe usted de aquel desgraciado? ¿Vive? ¿Vendrá?
SARG. Lo que es venir, por ahora ..
TERESA. ¿Pues qué, está herido?
SARG. Herido, no.
TERESA. Pues entonces...
SARG. ¡Me ha entregado esta cruz!
TERESA. ¡La mia!
SARG. Justamente, y que devuelva á usted su palabra.
PEDRO. } ¡Su palabra!
PETRA. }
TERESA. Pues qué razon ..
SARG. Poca cosa: ha conocido que usted ama á otro.
TERESA. (¡Dios mio!) ¿Pero cuándo?
SARG. ¡Toma, cuando ha estado aqui!
PEDRO. ¿Aqui?
TERESA. ¿Será verdad? ¿Ha estado cerca de mí, y no me ha dicho nada?
PETRA. ¿Pero quién es ese hombre?
SARG. Pues yo creia que el capitan...
TELESA. ¿Cómo?
PEDRO. ¡El capitan!
SARG. Ese fué tu sustituto.

PEDRO. ¡Él!
PETRA. ¡Cielos!
TERESA. ¡Dios mio! ahora lo comprendo todo: sus palabras, su amor... ¡y yo que le he despreciado y por eso se marcha. —Pedro, es necesario alcanzarle, decirle, pero de modo que lo crea, que si no aceptaba su cariño era por esta cruz, pero que yo le amo... ¡que le amo!
SARG. ¿Será verdad?
PEDRO. Y ahora, ¿cómo?...
TERESA. Corramos en su busca; yo le encontraré.

ESCENA IX.

DICHOS, ALFREDO.

ALFREDO. Héme aqui.
TERESA. ¡Alfredo!
TODOS. ¡El capitan!
ALFREDO. Todo lo he oido, y ahora sé que soy completamente feliz.
PEDRO. Si cuando yo decia...
TERESA. ¿Dudarás de mi cariño?
ALFREDO. Jamás, jamás. Ahora dejo el servicio, y viviremos aqui los cuatro.
PETRA. ¡Si, todos en familia!
SARG. Estoy por quedarme yo tambien.
PEDRO. Es lo que debe usted hacer, mi sargento, porque todavia le falta á usted mucho para general.
ALFREDO. ¿Qué ruido es ese?
PETRA Los mozos del pueblo que celebran la noticia de la paz.
PEDRO. Vienen á tiempo, que entren (Sale todo el coro, bailarines, etc.) y venga vino para brindar por nuestra felicidad.
SARG. Eso es, á beber y á cantar.

MUSICA.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 17 de Diciembre de 1861.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Marta y Marla.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que relucc.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.

¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Clavevina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja *(Música)*
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.

3 0112 117471133

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered.de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.